

tudes; algunas son hermosísimas, y lo parecen mas á causa de la estraña variedad de los tocados y de los trages:—allí he solido ver muchas mugeres turcas de los harenes, destapadas; casi todas son bajitas, muy pálidas; tienen los ojos tristes y una traza delicada y enfermiza. En general, el clima de Constantinopla, á pesar de todas sus aparentes condiciones de salubridad, me parece malo; las mugeres á lo menos distan mucho de merecer la reputacion de hermosura de que disfrutan; solo las armenias y las judías me han parecido hermosas,—pero ¡qué diferencia no obstante con la hermosura de las judías y de las armenias de la Arabia, y sobre todo con el indescriptible encanto de las mugeres griegas de la Siria y del Asia Menor! Un poco mas allá, enteramente en la orilla de las aguas del Bósforo, se alza el magnífico palacio nuevo, habitado ahora por el Gran-Señor: Beglierbey es un edificio en el gusto italiano, mezclado con recuerdos indios y morunos:— es una inmensa construccion de varios pisos, con alas y jardines interiores:—grandes jardines llenos de rosas y regados por numerosos surtidores se estenden su á espalda hasta la montaña; un estrecho muelle de granito separa las ventanas del mar. Pasé lentamente por junto á este palacio, donde velan bajo el marmol y el oro tantos cuidados y tantos terrores, y ví al gran-señor sentado en un divan, en uno de los kioskos sobre el mar; Acmet-

Bajá, uno de sus jóvenes validos , estaba de pié á su lado; el sultan, sorprendido en vista de nuestros trajes europeos, nos señaló con el dedo á Acmet-Bajá, como para preguntarle quiénes éramos:— saludé al señor del Asia al uso oriental, y me volvió mi saludo con mucha afabilidad:—todas las ventanas del palacio estaban abiertas, y se veian relucir las ricas decoraciones de aquella magnífica y deliciosa morada:—el ala habitada por las mugeres, ó el harem, estaba cerrada; es inmensa, pero no se sabe el número de las mugeres que la habitan; dos caiques enteramente dorados, y montado cada uno por veinticuatro remeros, estaban á la puerta del palacio, sobre el mar; estos caiques son dignos del gusto mas esquisito del dibujo de Europa y de la magnificencia del Oriente; la proa de uno de ellos, que avanzaba lo ménos veinticinco piés, estaba formada por un cisne de oro, con las alas tendidas, que parecia que arrebatava sobre las olas la barca de oro; un pabellon de seda tendido sobre columnas de oro formaba la popa, y ricos chales de cachemira servian de asiento para el sultan; la proa del segundo caique era una flecha de oro que parecia que volaba desprendida del arco sobre el mar.

Largo rato me paré fuera de la vista del sultan, para admirar aquel palacio y aquellos jardines, donde todo parece dispuesto con esquisito gusto; no conozco en Europa ningun sitio real mas mag-

nífico y verdaderamente mágico:—todo parecia que acababa de salir de manos del artífice, puro y radiante: — los tejados de los palacios están cubiertos con barandillas doradas, y hasta las chimeneas, que en Europa desfigurán las líneas de todos nuestros edificios públicos, eran columnas doradas é istriadas, cuyos elegantes capiteles realzaban la hermosura del conjunto. Este príncipe que ha pasado su infancia en la sombra de los calabozos del serrallo, me inspira una viva simpatía: amenazado de muerte todos los dias: instruido en el infortunio por el justo y desgracio Selim; elevado al trono por muerte de su hermano: —madurando por espacio de quince años en su mente el proyecto de emancipar el imperio y restaurar el islamismo con la destruccion de los jenízaros; ejecutándolo con el heroismo y la calma de la fatalidad; arrojando sin cesar la ira de su pueblo para regenerarle; osado é impasible en el peligro; blando y misericordioso cuando puede consultar á su corazon; pero sin apoyo en derredor de sí; sin instrumentos para ejecutar el bien que medita; desconocido por su pueblo; vendido por sus bajás; arruinado por sus vecinos; abandonado por la fortuna, sin la cual el hombre no puede nada; asistiendo en pié á la ruina de su trono y de su imperio: abandonándose en fin á sí mismo; apresurándose á consumir en las delicias del Bósforo su parte de ecis-

tencia y su sombra de soberanía! Hombre de buen deseo y de voluntad recta, pero hombre de genio insuficiente y de voluntad demasiado débil; semejante á aquel último emperador griego, cuyo puesto ocupa, y cuyo destino parece que representa digno de otro pueblo y de mejores tiempos, y capaz á lo menos de morir como un héroe! Un dia fué grande hombre. La historia no tiene páginas comparables á las de la destruccion de los jenízaros; no conozco revolucion mas firmemente concebida, ni mas heroicamente consumada. Esa página pertenece á Mahmud; pero ¿por qué es la sola? Lo mas difícil estaba hecho; derribados los tiranos del imperio, solo se necesitaban voluntad y constancia para vivificar este imperio civilizándole. Mahmud se paró en la mitad del camino; ¿será tal vez porque el genio es todavía mas raro que el heroismo?

Pasado el palacio de Beglierbey, la costa de Asia vuelve à aparecer arbolada y solitaria hasta Scútari, que brilla, como un jardin de rosas, en la estremidad de un cabo, á la entrada del mar de Mármara. Enfrente se presenta á la vista la verde punta del serrallo; y entre la costa de Europa, coronada de sus tres ciudades pintadas, y la costa de Stambul, toda resplandeciente con sus cúpulas y sus minaretes, se abre el inmenso puerto de Constantinopla, donde los buques, surtos en las

dos orillas, no dejan mas que una ancha calle á los caiques. Me deslizo por entre este laberinto de embarcaciones, como la góndola veneciana bajo la sombra de los palacios, y desembarco en la Escala de los Muertos, bajo una calle de cipreses.

29 de Mayo.

Un jóven de Constantinopla me llevó esta mañana al mercado de los esclavos. Despues de haber atravesado las largas calles de Stambul que siguen las tapias del antiguo serrallo, y pasado por varios magníficos bazares llenos de una innumerable multitud de mercaderes y de compradores, subimos, por unas angostas callejuelas, hasta una fangosa plaza en que se abre la puerta de otro bazar. Gracias al trage turco que llevábamos, y á lo bien que hablaba nuestro guia, nos dejaron entrar en aquel mercado de hombres. ¡Cuánto tiempo, cuantas revelaciones sucesivas ha necesitado la razon del hombre para que la fuerza haya dejado de ser un derecho á sus ojos, y para que la esclavitud haya llegado á ser un crimen y una blasfemia para su inteligencia! — ¡Qué progreso! ¡y cuánto no promete! ¡Cuántas cosas hay que nos parecen muy naturales, y que serán crímenes incomprensibles á los ojos de nuestros descendientes!

En esto iba yo pensando cuando entré en aquel bazar donde se vende la vida, el alma, el cuerpo, la libertad del prógimo, como vendemos el buey ó el caballo, y donde el hombre se cree legítimo posesor del hombre á quien compra! ¡Qué de legitimidades de este género de que no nos damos cuenta! Lo son sin embargo, porque no se le puede pedir al hombre mas de lo que sabe: sus convicciones son sus verdades, y para él no hay otras: solo Dios las posee todas, y nos las distribuye á proporcion y á medida de nuestras inteligencias sucesivas.

El mercado de esclavos es un gran patio à cielo raso, y rodeado de un pórtico cubierto. Bajo este pórtico, que circunda por el lado del patio un antepecho de mampostería, se abren varias puertas que comunican con los cuartos donde los mercaderes tienen sus esclavos; estas puertas están abiertas para que los compradores, paseándose, epuedan verlos. Los hombres y las mugeres están en estancias separadas; las mugeres no llevan velo. Ademas de los esclavos encerrados en estas piezas bajas, hay otros muchos agrupados en la galería debajo del pórtico y en el patio. Empezamos por recorrer estos diferentes grupos. El mas notable era un puñado de jóvenes abisinias en número de doce ó quince; colocadas de espaldas unas á otras como aquellas antiguas cariátides que sostiene una

jarron sobre sus cabezas, formaban un círculo vueltas todas de cara á los espectadores. Casi todas eran hermosísimas; tenían los ojos rasgados, la nariz aguileña, los labios sutiles, el rostro ovalado, el cabello negro y reluciente como las alas del cuervo. La espresion pensativa, triste y lánguida de la fisonomía, hace de las abisinias, á pesar del color atezado de su cutis, una raza de mugeres admirables; son altas, delgadas de cintura, y airosas como las palmeras de su hermoso pais. Sus brazos tienen actitudes hechiceras. Aquellas muchachas no tenían mas vestido que una camisa de lienzo tosco y amarillento: llevaban en las piernas brazaletes de cuentas de vidrio azul. Sentadas sobre los talones, inmóviles, apoyada la cabeza en la mano ó en la rodilla, nos miraban con ojos tan dulces y tristes como los de la cabra ó el cordero que llevan á vender las labradoras á las férias de los lugares; á veces hablaban unas con otras y se sonreían. Una había que tenía en brazos un niño, y que lloraba porque el mercader queria venderle sin ella á un revendedor de niños. Habia no léjos de este grupo, siete ú ocho negrillos de ocho á doce años, bastante bien vestidos, y que parecían sanos y bien tratados; estaban jugando á un juego del Oriente cuyos iustrumentos son unas chinitas que se combinan de diferentes modos en unos hoyitos que se hacen en la arena:—entre tanto los mercaderes y revendedores circulaban al rededor de

ellos, y cogian ora á uno, ora á otro por el brazo, le eexamaban con atencion de piés á cabeza, le palpaban, le hacian enseñar los dientes para juzgar de su edad y de su salud; luego el muchacho, distraido un momento de sus juegos, volvia á ellos á toda prisa. En seguida entré en los pórticos cubiertos, llenos de una multitud de esclavos y de compradores. Los turcos que hacen este comercio se pasean magníficamente vestidos con pellizas forradas de pieles, por entre los grupos, con su larga pipa en la mano, el rostro inquieto y cuidadoso, y espiando con ojo avisor la menor mirada que penetra en sus almacenes de hombres y de mugeres; pero tomándonos por árabes ó egipcios, no se atrevieron sin embargo á impedirnos entrar en ningun cuarto. Vendedores ambulantes de bollos y de frutas pasas recorrían la galería, vendiendo á los esclavos sus mercancías: á uno de ellos le dí unas cuantas piastras para que distribuyese su cesta á un grupo de muchachos negros, que devoraban aquellas golosinas.

Allí me llamó la atencion una pobre negra de diez y ocho ó veinte años, estraordinariamente hermosa; pero de un aspecto duro y displicente. Estaba sentada en un banco de la galería, con la cara descubierta y ricamente vestida, en medio de como hasta una docena de negras muy andrajosas, puestas en venta á ínfimos precios: tenía sobre sus rodillas un precioso muchacho de tres ó cuatro

años magníficamente vestido tambien. Aquel muchacho, que era mulato, era de lo mas lindo é inteligente que pueda imaginarse: hícele algunas caricias y le dí bizcochos y almendras que compré en un puesto inmediato; pero su madre se los arrancó de la mano y los tiró al suelo, con vivo despecho. Tenia los ojos bajos y estaba llorando; creí que seria por miedo de que la vendieran sin su hijo, y compadecido de su desgracia, rogué á M. Morlach, mi amable conductor, que la comprase con el niño por mi cuenta. Dirigímonos á un corredor conocido de M. Morlach, que entró en trato con el amo de la hermosa esclava y del niño; al principio hizo el amo como si efectivamente pensase venderla, y la pobre muger empezó á sollozar, lo mismo que el chiquillo; pero aquel trato no era mas que valor entendido por parte del mercader, y cuando vió que dábamos sin regatear el subido precio que nos habia pedido, llamó á parte al corredor y le confesó que la negra no estaba de venta, que era esclava de un turco muy rico, de quien era hijo el mulatillo; que la tal negra tenia un carácter indómito, y que para corregirla y castigarla, su amo la habia mandado al bazar como para deshacerse de ella; pero con secreta órden de no venderla. Este castigo es muy comun, y cuando un turco está descontento con alguna esclava, su primer amenaza suele ser enviarla al mercado. Seguimos adelante y pasamos por varias estancias, que contenian cada cual

cuatro ó cinco mugeres, casi todas negras y feas, pero sanas y robustas al parecer. La mayor parte parecian indiferentes á su situacion, y aun sollicitaban á los compradores; hablaban, se reian entre sí, y hacian observaciones críticas sobre la traza de los que las regateaban:—una ó dos lloraban y se escondian en el fondo de la estancia, y acudian de malísima gana á ponerse en evidencia en el tablado donde estaban las otras.

Vimos á varias de ellas irse muy contentas con el turco que acababa de comprarlas, cogiendo su hatillo debajo del brazo y tapándose el rostro con sus velos blancos. Dos ó tres actos de misericordia presenciarnos, que la caridad cristiana envidiaria á la de los buenos musulmanes; algunos turcos compraron las esclavas viejas á quienes sus amos habian echado por inútiles ó gravosas, y cuando preguntamos para qué podian servir aquellas infelices.

—Para dar gusto á Dios, nos respondió el corredor; y M. Morlach me dijo que muchos musulmanes solian enviar á comprar á los mercados los pobres esclavos enfermos de ambos sexos, con el solo objeto de mantenerlos por caridad en sus casas. Nunca el espíritu de Dios abandona enteramente á los hombres.

Las últimas estancias que visitamos estaban medio cerradas, y no sin trabajo logramos que nos dejasen entrar en ellas; no habia en cada una mas

que una sola esclava custodiada por una muger. Todas eran jóvenes y hermosas circasianas, recién llegadas de su país; estaban vestidas de blanco con estremada elegancia y aliño: sus bellos rostros no manifestaban dolor ni asombro, y sí solo una desdenosa indiferencia. Estas hermosas esclavas blancas de Georgia y de Circasia han llegado á ser rarisimas, desde que las griegas no pueblan ya los serrallos, y la Rusia ha prohibido el tráfico de las mugeres; mas con todo las familias georgianas continúan criando á sus hijas para ese infame comercio, y no faltan de cuando en cuando en los mercados algunos cargamentos de contrabando. El precio de esas bellísimas criaturas ascienden de doce á veinte mil reales, al paso que las esclavas negras de regular belleza no cuestan arriba de dos á tres mil reales, ó á todo lo mas de cuatro á seis mil. En Arabia y en Siria son mucho mas baratas. Una de aquellas georgianas era perfectamente hermosa; pero en general las mugeres de este país distan mucho de la hermosura de las árabes: el tipo septentrional se descubre en sus fisonomías. La hermosa esclava de que acabo de hablar fué vendida á nuestra vista para el harem de un joven; bajá de Constantinpla. Dolorido el corazón y los ojos húmedos salimos de aquella escena que se renueva todos los dias y á todas las horas en las ciudades de Oriente, y volvimos pensativos al bazar de Stam-

bul. ¡Estos son los efectos de las legislaciones inmóviles!

Consagran las barbaries seculares, y dan el derecho del tiempo y de la legitimidad á todos los crímenes! Los fanáticos de lo pasado tan culpables y funestos á la humanidad como los del porvenir; los unos inmolan al hombre á sus ignorancias y á sus recuerdos; los otros á sus esperanzas y á su precipitación. Si el hombre hiciese, pensase y creyese lo que hacian y creian sus padres, el linage humano todo entero estaria aún en la idolatría y en la esclavitud. La razon es el sol de la humanidad, es la infalible y perpetua revelacion de las leyes divinas, aplicable á las sociedades. Es preciso andar para seguirla, so pena de quedarse en el mal y en las tinieblas; pero no hay que tomarle la delantera so pena de caer en precipicios. Comprender lo pasado sin echarlo de ménos; tolerar presente lo mejorándolo; esperar el porvenir preparándolo; tal es la ley de los verdaderos filósofos y de las instituciones benéficas. El pecado contra el Espiritu Santo es ese combate de ciertos hombres contra la mejora de las cosas; es ese esfuerzo egoista y estúpido para hacer que retroceda sin cesar el mundo moral y social, que Dios y la naturaleza impelen in cesar hácia adelante. Lo pasado es el sepulcro de la humanidad; es preciso respetarlo, pero no encerrarse y vivir en él.

Los grandes bazares de diferentes mercancías, y el de las especerías sobre todo, son unas largas y anchas galerías abovedadas, con aceras levantadas y ceñidas de puestos llenos de toda especie de objetos de comercio. Armaduras, jaeces de caballos, joyería, comestibles, tafiletería, chales de las Indias y de Persia, tejidos de Europa, alfombras de Damasco y de Caramania, esencias y perfumes de Constantinopla, narguiles y pipas de todas formas y de siugular magnificencia: ámbar y coral labrados al uso de los orientales para fumar el *tumbach*; muestras de tabaco picado ó doblado como resmas de papel amarillo; puestos de pasteles apetitosos por su forma y variedad; hermosas confiterías, con innumerable variedad de dulces; droguerías de donde se ecshala un perfume que embalsama todos los bazares; capas árabes tejidas de oro y pelo de cabra; velos de mugeres recamados de lentejuelas de plata y oro;—en medio de todo esto una inmensa muchedumbre y renovada á cada instante de turcos á pié, con la pipa en la boca ó en la mano seguidos de esclavos, de mugeres tapadas, acompañadas de negras con mugeres con hermosos niños en los brazos;—bajàs á caballo atravesando al paso por entre aquella multitud apiñada y silenciosa, y carruages turcos, cerrados con sus doradas rejas, cenducidos al paso por cocheros turcos de largas barbas, y llenos de mugeres que se paran de trecho en trecho á las puertas de los joyeros;

—tal es el aspecto de estos bazares. Si estuvieran reunidos en una sola galería, formarían muchas leguas de longitud. Estos bazares, donde el roce es forzoso, y donde los judíos ponen de muestra y venden vestidos de apestados, son los mas activos vehículos del contagio. Ahora acaba de declararse la peste en Pera, con cinco ó seis accidentes mortales, y no sin alguna inquietud pasamos por entre esta multitud que puede diezmar mañana.

18 de Junio.

Dias pasados en nuestra soledad de Buyukderé con el Bósforo y el mar Negro á la vista; estudio, lectura. Por la tarde, paseos en caiques á Constantinopla, á Belgrada y á sus inconmparables selvas; á la costa de Asia, á la desembocadura del Euxinio, y al valle de las Rosas, situado detras de las montañas de Buyukderé, sitio á donde voy con frecuencia. Riega este delicioso valle una fuente adonde los turcos van á disfrutar los encantos del agua de la frescura, del olor, de las rosas y de los cantos del bulbul ó ruiseñor; hay junto á la fuente cinco árboles inmensos; y á su sombra un café cubierto de enramadas; mas allá, el valle estrechándose conduce á una pendiente de la montaña, donde dos pequeños lagos artificiales duermen bajo las anchas bóvedas de los plátanos. Los armenios vie-

nen por la tarde con sus familias à sentarse en sus orillas, à merendar ó à cenar;—hechiceros grupos al rededor de los troncos;—bailes de doncellas;—placeres decentes y silenciosos de los orientales. Se ve que el pensamiento íntimo goza en sí mismo:—estos hombres sienten la naturaleza mejor que nosotros:—en ninguna parte tienen los árboles mas sinceros adoradores. Hay una simpatía profunda entre sus almas y las bellezas de la tierra, del mar y del cielo. Cuando vuelvo por la noche de Constantinopla en caique, y costeo las márgenes de Europa, à la luz de la luna, veo una cadena de una legua de matronas, doncellas y niños, sentados en silencio, formando grupos, en los bordes del muelle de granito, ó en los antepechos de los terrados de los jardines; donde pasan horas deliciosas contemplando el mar, los bosques, la luna,—respirando la serenidad de la noche. Nuestro pueblo no siente ninguna de estas delicias naturales; ha desgastado sus sensaciones; necesita placeres facticios; solo los vicios pueden conmoverle. Aquellos en quienes la naturaleza habla todavía con bastante fuerza para ser comprendida, son los filósofos y los poetas:—miserables à quienes bastan la voz de Dios en sus obras, la naturaleza, el amor y la contemplacion silenciosa.

En Buyukderé y en Terapia encuentro varios conocidos entre los rusos y los diplomáticos; el

conde Orloff, M. de Boutenieff, embajador de Rusia en Constantinopla, hombre amabilísimo, filósofo y hombre de estado. El baron de Sturmer, internuncio de Austria, me colma de bondades. Recibimos noticias políticas de Europa; este es ahora el punto importante. Los rusos, acampados en Asia, y surtos bajo nuestras ventanas ¿se retirarán por ventura? Me parece indudable: nadie se apresura à asir una presa que no puede escapársele. El conde Orloff me hacia leer ayer una carta admirable que le escribe el emperador Nicolás, en que le dice en sustancia:

—Mi estimado Orloff, cuando la Providencia ha colocado à un hombre al frente de cuarenta millones de hombres, es para que dé desde mayor altura al mundo el ejemplo de la probidad y de la fidelidad à su palabra. Yo soy ese hombre, y quiero ser digno de la mision que he recibido de Dios. Apenas se allanen las desavenencias entre Ibrahim y el Gran-Señor, no demoréis ni un solo dia el retirar mi armada y mi ejército.

Noble language, situacion bien comprendida, generosidad fecunda! Constantinopla no se echará à volar, y la necesidad traerá à ella de nuevo à los rusos, à quienes su probidad política aleja por un momento.

20 de Junio.

Aquí he conocido un hombre amable y de provecho, uno de esos hombres mas fuertes que su mala fortuna y que se sirven de la ola que debia sumergirlos para abordar á la playa. El señor Calosso, oficial piemontés, comprometido, como muchos de sus compañeros, en la ventolera de revolucion militar del Piamonte en 1820, proscrito como los otros, sin asilo ni simpatías en parte alguna, se vino á Turquía, se presentó al sultan ofreciéndose á organizar su caballería, y llegó á ser su valido y su inspirador militar. Honrado hábil y circunspecto, él mismo moderó una privanza peligrosa que podia esponerle á demasiadas envidias; su modestia y su cordialidad agradaron á los bajás de la corte y á los ministros del divan. En todas partes ha sabido ganar amigos y conservarlos: el sultan le ha elevado en dignidad sin pedirle que abjure su nacionalidad ni su culto. Ahora es para todos los turcos Rustem-Bey, y para los francos un franco servicial y amable: ha procurado relacionarse conmigo y me ha ofrecido todos los servicios que puede proporcionarme merced á su familiaridad en el divan y en el serrallo. A él he debido muchas altas relaciones, y la facilidad de ver-

lo y conocerlo todo,—cosas que nunca ha podido obtener ningun viagero cristiano, y que no consiguen ni aun los mismos embajadores. Con su asistencia ha preparado una visita completa del serrallo, donde nadie ha penetrado desde que le visitó lady Worchley-Montagu. Mañana procuraremos recorrer juntos ese misterioso recinto, que él no conoce, pero donde tiene amigos poderosos.

Empezamos por hacer una visita á Namuk-Bajá, uno de los jóvenes privados del gran-señor, que me convidó días pasados á un almuerzo en su cuartel de Scútari, y puso á mi disposicion sus caballos para visitar las montañas de Asia. Namuk-Bajá estaba aquel dia de servicio en el palacio del sultan en Beglierbey, en las orillas del Bósforo, adonde fuimos á desembarcar. Merced al grado y á la privanza de Rustem-Bey, nos dejaron entrar y examinar los contornos de la morada del gran-señor, que se disponia á la sazón á ir á una pequeña mezquita de una aldea de Europa, al otro lado del Bósforo, en frente de Beglierbey. Sus caiques, soberbiamente equipados, estaban amarrados al muelle que ciñe el palacio, y sus caballos árabes, de rara hermosura, le aguardaban en los patios teniéndolos del freno los sais para que los montase el sultan al atravesar sus jardines. Entramos en una ala del palacio, separada del cuerpo principal, y donde están los bajás, los oficiales de servicio y el estado mayor del palacio. Cruzamos

unas grandes salas por donde circulaba una multitud de militares, de empleados y de esclavos: todo estaba en movimiento, como en un ministerio ó en un palacio de Europa un día de ceremonia. El interior de este palacio no estaba magníficamente amueblado; divanes y alfombras, paredes pintadas al fresco, y arañas de cristal, formaban toda su decoracion. Los trages orientales, el turbante, la pelliza, el pantalon ancho, la faja, el caftan de oro, abandonados por los turcos por un miserable traje europeo, mal cortado y ridículamente llevado, han convertido el aspecto grave y solemne de este pueblo en una pobre parodia de los Francos. La estrella de diamantes que reluce en el pecho de los bajás y de los visires, es la única decoracion que los distingue y reeuerda su antigua magnificencia. Lleváronnos cruzando varios salones llenos de gente, á una salita que da sobre los jardines exteriores del palacio del gran-señor, donde se nos reunió Namuk-Bajá; se sentó con nosotros, nos hizo traer pipas y sorbetes, y nos presentó varios jóvenes bajás que poseen tambien el favor del amo; algunos coroneles del *nizam*, ó de las tropas regulares de la guardia, vinieron á reunirse con nosotros y á tomar parte en la conversacion. Namuk-Bajá, recién llegado de su embajada en Petersburgo, hablaba el francés con gusto y facilidad: sus modales, estudiados de los rusos, eran los de un elegante diplomá-

tico europeo: me pareció hombre de talento y travesura. Calil-Bajá, capisan-bajá à la sazón, y que luego se ha casado con la hija del sultan, habla igualmente muy bien el frances. Acmet-Bajá es tambien un jóven elegante osmanli, que tiene todos los modales de un europeo. Nada en aquel palacio recuerda una corte asiática, escepto los esclavos negros, los eunucos, las ventanas enrejadas de los harenes, las hermosas sombras y las azules aguas del Bósforo que veíamos por entre los jardines. Hablamos con discrecion, pero con franqueza, del estado de las negociaciones entre el Egipto, la Europa y la Turquía; de los progresos de los turcos, hechos y por hacer, en la táctica, en la legislacion y en la política de las diversas potencias relativamente á la Turquía. Nada hubiera anunciado en nuestra conversacion que hablábamos de los que llaman bárbaros con unos bárbaros, y que el eco de nuestras palabras podia llegar á oídos del gran-señor, de la *sombra de Alá* no hubiera sido mas íntima, mas elegante, ni mas profunda en un salon de Lóndres ó de Viena.

Aquellos jóvenes, ansiosos de luces y de progresos, hablaban de su situacion y de sí propios, con noble y candorosa modestia. Como se acercaba la hora de la oracion, nos despedimos de nuestros huéspedes, remitiendo á otro momento la solicitud de nuestra presentacion directa al sultan.

Namuk-Bajá nos confió à un coronel de la guardia imperial, à quien encargó que nos dirigiese y nos introdujese en el antepatio de la mezquita adonde pensaba ir el Gran-Señor. Atravesamos el Bósforo, y nos colocamos junto á la puerta misma de la mezquita, en las gradas que conducen á ellas. Pocos minutos despues oimos resonar los cañonazos de la escuadra y de los castillos, que anuncian todos los viernes á la capital que el sultan va á la mezquita, y vimos los dos caiques imperiales desprenderse de la costa de Asia y atravesar el Bósforo como una flecha. Ningun lujo de caballos y de coches puede compararse con el lujo oriental de estos caiques dorados, cuyas proas se lanzan, como águilas de oro, á veinte pasos delante del cuerpo del caique; cuyos veinticuatro remeros, alzando y dejando caer sucesivamente sus largos remos, imitan el batir de dos grandes alas, y levantan cada vez un velo de espuma que rodea los costados del caique; y en fin, de este pabellon de seda, de oro y de plumas, cuyas cortinas descorridas dejan ver al Gran-Señor sentado en un trono de cachemira, con sus bajás y sus almirantes á sus piés. Cuando llegó á la orilla, saltó en tierra el sultan con presteza, apoyando sus manos en los hombros de Acmety de Namuk-Bajá; la música de su guardia, formada en frente de nosotros en la plaza de la mezquita, rompió en una hermosa marcha, miéntras él avanzaba rápidamente entre dos líneas de oficiales y de

espectadores. El sultan Mahmud es un hombre de cuarenta y cinco años, de estatura regular, de noble y elegante porte; tiene los ojos azules y la mirada dulce, la tez animada y morena, una boca agraciada é inteligente; su barba negra y reluciente como el azabache descende en espesas ondas sobre su pecho. Este es el único resto del trage nacional que ha conservado; por||lo demas, á escepcion del sombrero, podria tomársele por un europeo. Llevaba pantalones y botas, una levita de paño oscuro con un cuello bordado de diamantes, y un gorro de lana roja coronada por una borla de piedras preciosas. Parecia inquieto y cuidadoso, y hablaba con vehemencia á los bajás que le acompañaban; acortó el paso cuando llegó junto á nosotros, nos echó una mirada afectuosa, inclinó ligeramente la cabeza, hizo seña á Namuk-Bajá de que tomase el memorial que le presentaba una muger tapada, y entró en la mezquita, en la que no se detuvo mas que veinte minutos. La música militar estuvo tocando durante todo aquel tiempo trozos de óperas de Mozart y de Rossini. Salió en seguida con el rostro mas despejado y sereno, saludó á derecha é izquierda, se encaminó lentamente hácia el mar y entró en su barca; en un momento le vimos abordar á la costa de Asia y volver à sus jardines de Beglierbey. Es imposible no interesarse por la fisonomía de Mahmud, y no hacer secretos votos por un príncipe cuyas facciones re-

velan una energía varonil y una profunda sensibilidad;—pero ¡ah! esos votos espiran en los labios cuando se piensa en el triste porvenir que le espera. Si fuera un verdadero grande hombre, cambiaría su destino y vencería la fatalidad que le rodea. Todavía es tiempo; mientras existe un pueblo, hay en su religión y en su nacionalidad un principio de energía y de resurrección que un genio hábil y fuerte puede fecundizar, remover, regenerar, y conducir á una gloriosa transformación; pero Mahmud no tiene de un grande hombre mas que el corazón.

Intrépido para pelear y morir, el resorte de su voluntad flaquea cuando es preciso obrar y reinar: cualquiera que sea su suerte, la historia le compadecerá y le honrará. Ha intentado grandes cosas; ha comprendido que su pueblo perecía si él no le transformaba; ha aplicado la hoz á las ramas muertas del árbol;—no sabe dar la savia y la vida á lo que queda en pie de ese tronco sano y vigoroso:—¿es culpa suya? Creo que sí.

Lo que restaba hacer era nada, comparado á la destrucción de los jenizaros; nada oponía resistencia en Turquía. La Europa, tímida y ciega, le favorecía con su cobardía y su inercia. Se han perdido excelentes circunstancias; los años han pasado: el audaz Ibrahim ha convertido en provecho propio la impopularidad del sultán; la Rusia

ha sido aceptada como protectora;—esta vergonzosa protección de un enemigo natural contra un esclavo rebelde, ha indignado al islamismo; Mahmud no tiene ya nada en su favor mas que su denuedo personal. Rodeado de cortesanos y de traidores, un motín puede derribarle del trono y precipitar al imperio en una anarquía final. La Turquía estriba en la vida de Mahmud; el imperio y él perecerán el mismo día. Grande y fatal destino de un príncipe que se llevará consigo las dos mas hermosas mitades de Europa y Asia!

21 de Junio.

A las once arribamos á la escala del antiguo serrallo, y entramos en las calles que le rodean. Visité de paso el diván de la Puerta, vasto palacio donde vive el gran visir y donde se discute la política del imperio; pero que nada notable tiene mas que la impresión que causa el pensar en las escenas de que ha sido teatro: nada en el carácter del edificio recuerda tantos sangrientos dramas. Es un gran palacio de madera pintada, con una escalera exterior, cubierta por un alero con festones al uso de las Indias ó de la China. Las salas están desnudas y esteradas;—de allí bajamos á la plaza donde tantas veces se abrió la tremenda puer-